

Desde el aire*

LOS CAMBIOS POLÍTICOS EN EUROPA DEL ESTE

Los acontecimientos que tan rápidamente han venido sucediendo en la Europa Socialista en el último trimestre de 1989 y en lo que va del presente año, no sólo son de los que periódicamente suelen estremecer al mundo, sino que seguramente habrán de quedar fijados en la Historia Universal como el parteaguas de una nueva época en la historia de la humanidad.

A doscientos años de la Revolución Francesa y setenta y tres de la revolución socialista, tales acontecimientos parecieran adelantarse en una década al final de siglo, y perfilar el derrotero por el que se enfilará el comienzo del siglo XXI.

Sin detenernos a examinar la cronología de los hechos, sino abordando más bien los antecedentes históricos y culturales que los hicieron posibles, trataremos de analizar las circunstancias en que tales cambios se sucedieron para aventurar luego sus posibles proyecciones futuras.

Descartamos por anticipado el simplismo eufórico con que ciertos medios informativos se adelantaron a celebrar la ruina del socialismo y su retorno al capitalismo. Tal suposición no es menos ajena a la realidad que la predicción marxista del necesario colapso del

capitalismo y el establecimiento universal del comunismo. Ambas tesis suelen rebasar el campo de los hechos para instaurarse en el de los deseos. Y como tales, no han llegado a probar otra cosa que el devenir objetivo de la historia suele apartarse de los proyectos subjetivos de los hombres, para sintetizarse en una realidad que las más de las veces descarta los polos antitéticos.

No hay que olvidar que, salvo la República Democrática Alemana, el resto de las repúblicas socialistas identificadas con el bloque soviético fueron, hasta la Segunda Guerra Mundial, las regiones más atrasadas de Europa: países predominantemente agrarios, otrora sometidos al imperio Austro-húngaro, a los zares de Rusia o a la hegemonía prusiana, alternativamente.

A su vez, ni el renacimiento primero—salvo la ciudad de Praga— ni la ilustración más tarde, lograron derrumbar las murallas ideológicas otrora establecidas por el Imperio Bizantino.

Durante las guerras de religión en los siglos XVI y XVII, las fronteras de estos países cambiaron a tono con la fe de los príncipes—*cuius regio, eius religio*— y conforme a las bodas concertadas entre las dinastías europeas.

En el aspecto económico, los países del Este quedaron a la zaga del desarrollo industrial de la Europa continental en el siglo XIX. Salvo los astilleros de Gdansk en Polonia, o la región de los Sudetes en Checoslovaquia, el resto de las regiones eslavas continuaron atadas a la gleba sin la menor perspectiva de desarrollo industrial.

*En esta sección incluimos una selección de guiones radiofónicos para el programa Actualidades Políticas que se transmite por Radio UNAM.

Las minas de Silesia eran explotadas por industriales alemanes. Los braceros polacos recogían las cosechas de los junkers prusianos y la emigración hacia América representó la última alternativa de sobrevivencia, a principios de siglo, para los exhaustos campesinos polacos.

Nada puede ilustrarnos mejor el rezago de la Europa del Este que el inicio de la Segunda Guerra Mundial, cuando la caballería polaca hubo de enfrentar los tanques alemanes: por lo menos cincuenta años de historia dividían entonces los frentes de guerra.

Es sabido que, para el proyecto milenarista nacional-socialista, los países del Este quedaron ubicados en la *Hinterland* del Imperio: fuente de recursos minerales y agrarios, y de mano de obra barata, por lo demás sometida. Un poco el esquema de patio trasero que las últimas administraciones republicanas de Estados Unidos han vuelto a poner en boga por lo que concierne a América Latina.

Entre las colosales estatuas que Hitler se proponía fincar en los confines del imperio, figuraba la del eslavo sometido, destinado a servir a perpetuidad a sus amos arios del oeste.

De este fatal destino fueron salvados los pueblos eslavos por el ejército rojo al concluir la Segunda Guerra Mundial. A la par que expulsaba al invasor nacional-socialista, instauraba en las regiones liberadas el esquema político-social imperante en la Rusia estalinista.

Los tratados de Yalta definieron las nuevas fronteras centroeuropeas donde los ejércitos aliados hicieron contacto, y la división del mundo entre comunismo y capitalismo no hizo sino repetir el esquema de la Paz de Westfalia, esta vez bajo el manto de las

ideologías secularizadas: *Cuius regio, eius religio*.

No debe sorprendernos, pues, que un esquema político-social, ciertamente legítimo y de profunda raigambre popular en la Rusia Europea, esté desapareciendo tan rápidamente y como ensalmo en los países en que fue impuesto desde la cúpula administrativa y bajo una coyuntura de guerra.

Pero es también inocuo pensar que las transformaciones ocurridas en los países del Este europeo desde hace ya cincuenta años, pudieran esfumarse como si nada hubiera pasado.

En efecto: a medio siglo de distancia, y con todos los errores de rigor, estos países se han industrializado. La educación y el pleno empleo abarcan a toda la población.

La seguridad social y el acceso a la vivienda alcanzan niveles que hacen palidecer a cualquier país latinoamericano: es con nuestros propios niveles sociales y no con los de Alemania Federal, Estados Unidos o Japón, con los que debemos establecer los cuadros comparativos.

Cuando los periódicos nos informan que los obreros rumanos —los de menores ingresos en el bloque socialista— apenas si ganan 300 dólares mensuales, y que tienen que acumular hasta tres años de salario para poder comprarse un automóvil, no podemos evitar comparar sus ingresos con los diez mil pesos diarios del obrero mexicano, no digamos con el de nuestros subempleados y desempleados.

¿Qué es lo que sucede, pues, en la Europa del Este?

Si aguzamos un poco nuestra sensibilidad política, podemos observar que los cambios

que están ocurriendo son de carácter estrictamente político y no precisamente social.

Las burocracias artificialmente sostenidas por la Unión Soviética desde la Segunda Guerra Mundial, y cuya corrupción y privilegios denunciara ya desde los años sesentas no sólo Milovan Djilas, sino sobre todo la Escuela de Frankfurt, han sido dejadas a su propia suerte por el mismo país que otrora las hiciera valer.

Estas burocracias subalternas, que en lo ideológico podían comulgar con las ideas del socialismo, no pudieron nunca renunciar a su propio origen de clase y, al distanciarse del pueblo al que pretendían servir, fueron cavando su propia tumba.

Ni el aparato represivo en que se sustentaban ni el lenguaje de simulación que adoptaron como forma de vida, fueron capaces de ocultar por más tiempo el rezago económico, no digamos político, al que su propio conservadurismo las había condenado, arrastrando a su pueblo consigo. La inconformidad que se manifiesta es por la dirección del aparato de Estado, cuya inmensa capacidad puede ser orientada para obtener más y mejores niveles de vida, y mejor realización de las capacidades individuales, más y mejores posibilidades para pueblos cuya capacidad productiva e intelectual rebasa ya con mucho los márgenes que el actual estado de cosas impone. Se trata, pues, de una crisis de crecimiento, de un impulso hacia mejores alternativas, no de un retroceso y menos de un acomodo con los esquemas occidentales. Ni la liberación del mercado ni la liberación ideológica podrán difícilmente cambiar un esquema de producción arraigado ya en tres generaciones.

Más bien los cambios políticos en ciernes habrán de orientarse necesariamente hacia una nueva forma de organización social, cuyos

antecedentes se perfilan ya en la Escuela de Frankfurt y en *La alternativa* de Rudolph Bahro, y cuyas principales características podrían perfilarse como sigue:

1. liberación de cualquier fórmula de opresión;
2. el respeto absoluto a las garantías individuales;
3. racionalización no de los fines, sino de los medios de la vida productiva;
4. libre participación de los grupos y partidos políticos en la dirección de los asuntos públicos;
5. disminución y racionalización del aparato burocrático;
6. emancipación general de los hombres;
7. nueva determinación del consumo;
8. reorganización del aparato productivo y
9. el fin de la utopía.

"El fin de la Utopía" tituló Herbert Marcuse la conferencia que sustentó en julio de 1967 ante los estudiantes de la Universidad Libre de Berlín, en la que entre otras cosas sostenía que los recursos científicos, técnicos y materiales del mundo moderno hacían factible por primera vez la posibilidad de hacer desaparecer el hambre y la miseria en todo el planeta. "Todas las fuerzas materiales e intelectuales que pueden ponerse en movimiento para la realización de una sociedad libre están dadas... apenas si existe un hombre de ciencia, aun en la economía burguesa, que pudiera negar que con las fuerzas productivas actualmente existentes, tanto intelectuales como materiales, es posible hacer

desaparecer por completo el hambre y la miseria, y que lo que ahora sucede, hay que atribuirlo a la organización política y social del planeta”.

Los cambios político-sociales que actualmente ocurren en Europa del Este abren esta posibilidad para la construcción de una sociedad más humana y más justa, en el que el trabajo enajenado dé paso a un

trabajo “que pueda ser organizado en armonía con las necesidades e inclinaciones instintivas de los hombres”. Hagamos votos por que así suceda.

José Luis Hoyo Arana